

De Tormes a Aracataca: una interpretación de "Buen viaje señor presidente"

José Manuel Camacho Delgado
Universidad de Sevilla

*Contemplaba yo muchas veces mi desastre,
que, escapando de los amos ruines que había tenido
y buscando mejoría, viniese a topar con quien
no sólo no me mantuviese, mas a quien yo había de mantener.*
(Lazarillo de Tormes, tratado tercero)

Gabriel García Márquez es un escritor profundamente agradecido con todas aquellas obras y autores que, en algún momento, han dejado una huella en su formación literaria. Sófocles, William Faulkner, Virginia Woolf, Kafka, Cervantes o Garcilaso de la Vega¹, por citar sólo unos cuantos ejemplos, han tardado en ocasiones hasta decenios en dejarse ver en su poderoso entramado narrativo, pero, a la postre, el maestro colombiano ha rendido su particular homenaje a cada uno de ellos.

La presencia de las fuentes literarias, en las que se ha formado intelectualmente el escritor, no siempre han sido reflejadas con la misma claridad. Conforme García Márquez ha ido madurando, como hombre y como escritor, ha procurado en todo momento dejar al descubierto las pistas oportunas que conduzcan al establecimiento de su genealogía literaria. Así, por ejemplo, hasta la fecha, en su última novela, *Del amor y otros demonios*, rinde un cálido homenaje a la literatura clásica española y, más concretamente, a las novelas de caballerías, a Don Quijote o a la poesía de Garcilaso de la Vega. No es la primera vez que el escritor colombiano hace referencia explícita a la literatura española,

cuya influencia ha sido oportunamente rastreada. Sus *Doce cuentos peregrinos*² dejan entrever otro tipo de filiaciones narrativas de gran alcance, pues muchas de estas lecturas datan de su adolescencia.

Un caso muy particular es el de "Buen viaje señor presidente", un cuento de bellísima factura literaria, donde García Márquez ha dado de sí lo mejor de su quehacer literario y donde puede rastrearse la influencia de una de sus lecturas favoritas, el *Lazarillo de Tormes*³. Así, al menos se desprende de esta conversación mantenida con Manuel Pereiro:

Más que Cervantes, comenta García Márquez, a mí me interesa como escritor el autor de un pequeño libro del cual se habla muy poco, el *Lazarillo de Tormes*. El monólogo interior (que se considera la revolución de la novela nueva) se le atribuye a Joyce, y Joyce es un monumento de la literatura universal. Y los extremos de virtuosismo y de eficacia a que llega Joyce en el monólogo interior no se los discute nadie. De todas maneras, a mí, personalmente, me gusta más el tratamiento del monólogo interior en Virginia Woolf que en Joyce, que lo estaban trabajando tan al mismo tiempo que es difícil saber quién lo hizo primero. Ahora, el monólogo interior donde primero se encuentra realmente, sin un propósito técnico tan deliberado y definido como el de Joyce o el de Virginia Woolf, es en el *Lazarillo de Tormes*. El autor del *Lazarillo*, por exigencias técnicas, puesto que se trataba de un ciego tratando de ser más astuto que un pícaro que veía,

1 Las influencias literarias de García Márquez, así como sus lecturas formativas las han estudiado de forma exhaustiva Mario Vargas Llosa (*Gabriel García Márquez. Historia de un deicidio*, Barcelona, Seix Barral, 1971) y Jorge García Usta (*Cómo aprendió a escribir García Márquez*, Medellín, Lealón, 1995).

2 Todas las citas del texto están referidas a la edición de Mondadori, Madrid, 1992.

3 Las citas que aparecen en el texto corresponden a la edición de Pedro M. Piñero Ramírez, Madrid: Editora Nacional, 1977.

tenía necesariamente que revelar al lector la corriente de pensamiento del ciego. Y la única manera que tenía era inventar una cosa que no existía, que es lo que ahora se llama el monólogo interior. Todo esto para decirte que es muy difícil, y que es caso excepcional, que alguien pueda sentarse seriamente a escribir una novela en estos tiempos sin conocer a fondo el *Lazarillo de Tormes*⁴.

Razones técnicas hicieron de esta pequeña obra maestra un punto de referencia inexcusable en lo que García Márquez ha llamado "la carpintería literaria" del escritor. Sin embargo, el periplo existencial de Lázaro, su itinerario lleno de tropiezos y escollos, su aprendizaje de las durísimas condiciones de vida que le rodean debieron inspirar en el narrador colombiano todo un piélagos de anécdotas de enorme atractivo para su propia literatura.

"Buen viaje señor presidente" es un cuento donde se recrea el último tramo en la vida de uno de los muchos presidentes destronados que contempla la historia reciente de América Latina. El personaje, construido con la aureola fatídica de un Salvador Allende, asesinado por estas fechas, y ciertas reminiscencias autoritarias de su viejo patriarca, vive la trágica experiencia del exilio y de verse asediado por una complicada dolencia que le lleva hasta una clínica de Ginebra. La personalidad del presidente, sus propias circunstancias políticas suponen un nuevo acercamiento de García Márquez al tema del poder, esta vez de la mano de un personaje que intenta vivir con cierta dignidad los últimos resortes de una autoridad que en algún momento pudo ser absoluta. Su dignidad, sus ademanes, la pobreza de su porte y hasta el hecho de haber perdido a su único hijo le acercan a otro protagonista ilustre que tampoco cuenta con nombre: el viejo coronel que día a día espera la pensión prometida por el gobierno. Así lo ha expresado Trinidad Barrera:

La riqueza del retrato de los personajes es habitual en García Márquez. Aquí el protagonista se nos presenta con una dignidad y altivez próximas a las del coronel de la novela citada. De edad parecida a aquél, ambos vieron perder la vida de su único hijo, por activismo político, aunque las circunstancias o más bien el pasado de uno y otro son diferentes. Sin embargo, un aire de familia, consciente o inconsciente en la escritura garciamarquiana, se

desliza a la hora de presentarnos al presidente, así, en uno y otro las necesidades aumentan mientras sus bienes disminuyen, ambos son hombres de firmeza, tienen tendencia al heroísmo, al desencanto sosegado⁵.

En esa enorme galería de personajes garciamarquianos relacionados con las formas complejas del poder, el presidente derrocado supone un análisis excepcional de la vida de los gobernantes en el exilio, la mitología faraónica que rodea sus vidas, los peligros agazapados en sus movimientos, la terrible soledad que viene aparejada al ejercicio y pérdida de la autoridad. No obstante, "Buen viaje señor presidente" no es sólo una variante más sobre el tema del poder que tanto ha fascinado al escritor colombiano desde sus inicios. Razones argumentales invitan a realizar una lectura nueva del cuento, relacionado éste con la novela picaresca y, más concretamente, con el tratado tercero del *Lazarillo de Tormes*.

El aprendizaje vivencial de Lázaro coincide con una pérdida progresiva en los beneficios reportados por sus diferentes amos. Su huida del ciego, en el tratado primero, por las malas artes y la crueldad sin par de éste, le llevan a caer en manos del clérigo de Maqueda, cuya avaricia y mezquindad hacen bueno al primero. "Escapé del trueno y di en el relámpago", comenta el protagonista, "porque era el ciego para con éste un Alejandro Magno" (pág. 83). Sin embargo, la vida le depara a Lázaro otras muchas sorpresas y, sobre todo, uno de los momentos de mayor esplendor de la picaresca española: su encuentro con el escudero.

El hidalgo español, hombre extremadamente presumido y preocupado por mantener su porte aristocrático, supone un auténtico hito en el aprendizaje de Lázaro, puesto que éste no sólo no puede dar de comer al joven pícaro, sino que será él mismo quien tenga que buscar provisiones para no morir de hambre. Lázaro no recibe nada de comer y, por el contrario, debe alimentar a su señor, lo que le sugiere la siguiente reflexión:

... allí se me vino a la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que, aunque aquél era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor (pág. 102).

Aunque "Buen viaje señor presidente" no es un cuento que participe plenamente del género de la pica-

4 Manuel Pereiro (entrevista), "La revolución cubana me libró de todos los honores detestables de este mundo", recogido en *García Márquez habla de García Márquez*, Alfonso Rentería Mantilla, ed., Bogotá: Rentería Editores, 1979, págs. 206-207.

5 Trinidad Barrera López, "Lectura de 'Buen viaje, señor presidente'", en *Quaderni ibero-americani* 73: 31-32. Roma, Bulzoni Editore, junio de 1993.

resca, al menos desde las concepciones más clásicas⁶, sí deja entrever interesantes puntos de conexión con la biografía anónima de Lázaro. Dentro del método gradativo que utiliza el autor de la novela, Lázaro culmina su ideario paupérrimo estableciendo una insólita, aunque entrañable, relación con el escudero. Relación que va más allá de los límites del interés material, para dejar al descubierto un profundo sentido de la fraternidad y la solidaridad humanas. Lázaro se preocupa en todo momento por aparentar que ignora la verdadera situación calamitosa de su escudero, mide sus palabras y sus gestos para que la dignidad del hidalgo no salte hecha añicos y no indaga más allá, con estricta cortesía, en la misteriosa personalidad de su señor, insinuándose siempre un pasado espléndido y glorioso, lejos de los escombros del presente.

Lázaro da de comer a su señor y no al revés, pero por encima de esta circunstancia entrañable, el pícaro español se duele de la suerte de su señor, se solidariza con su desgracia y se identifica con la miseria ajena como patrimonio heredado de tantos y tantos hombres. El autor anónimo de esta pequeña obra maestra deja en el tratado tercero una de las lecciones más hermosas y de mayor calado humano de la picaresca española, haciendo caer al pícaro en las redes de sus propios sentimientos tras ser engañado y abandonado por el misterioso hidalgo.

Si algo interesa en la construcción de este tercer tratado es la inversión de papeles que define la actuación de cada personaje, inversión que no debió pasar por alto a la sensibilidad de García Márquez a la hora de perfilar el argumento de "Buen viaje señor presidente". Hidalgo y presidente son dos personajes que viven las reminiscencias de una grandeza pasada y, desde el exilio de sus vidas presentes, tratan de reconstruir el esplendor y la gloria de antaño.

El hidalgo castellano vive obsesionado por mantener sus buenas maneras, porque su porte altivo es fundamental en el mundo de las apariencias del que se nutre la picaresca. El presidente también aparece caracterizado en este sentido:

Llevaba el vestido azul oscuro con rayas blancas, el chaleco de brocado y el sombrero duro de los magistrados en retiro. Tenía un bigote altivo de mosquetero, el cabello azulado y abundante con ondulaciones románticas, las manos de arpista con la sortija de viudo en el anular iz-

quierdo, y los ojos alegres. Lo único que delataba el estado de su salud era el cansancio de la piel. Y aun así, a los setenta y tres años, seguía siendo de una elegancia principal (págs. 23-24).

Se preocupa por llevar una hermosa margarita en el ojal de la solapa, y sus ademanes, cuando utiliza el bastón o se pone las lentes con armadura de oro, son siempre elegantes y principescos. Esta circunstancia y el haber sido presidente de un país caribeño dan pie para que Homero Rey de la Casa y su mujer crean que es uno de los muchos sátrapas latinoamericanos que han huido del país, tras ser derrocado por otro tirano, con grandes sumas de dinero. Lo dice la propia esposa, Lázara Davis: "Todo el mundo sabe que se alzó con el oro del gobierno y que es el exiliado más rico de la Martinica" (pág. 38). Detrás de esta sentencia se encuentra la presunción por parte del matrimonio de que el presidente ha sido capaz de acaparar grandes riquezas, lo que justifica un acercamiento interesado para obtener todo tipo de beneficios y prebendas:

Lo que Homero Rey no le contó al presidente, pero se lo siguió contando durante años a todo el que quiso oírlo, fue que su propósito inicial no era tan inocente. Como otros chóferes de ambulancia, tenía arreglos con empresas funerarias y compañías de seguros para vender servicios dentro del mismo hospital, sobre todo a pacientes extranjeros de escasos recursos. Eran ganancias mínimas, y además había que repartirlas con otros empleados que se pasaban de mano en mano los informes secretos sobre los enfermos graves. Pero era un buen consuelo para un desterrado sin porvenir que subsistía a duras penas con su mujer y sus dos hijos con un sueldo ridículo (págs. 34-35).

Con ésta y otras intenciones, como la de conseguir una mejora en la plantilla del hospital o becas para los hijos, se establece una particular relación de vasallaje entre el presidente y la familia que muy pronto quedará invertida en sus términos. La sorpresa de la familia Rey de la Casa es considerable cuando descubren la verdadera condición miserable del presidente exiliado:

La primera sorpresa de ambos fue que el desterrado ilustre viviera en un hotel de cuarta categoría en el barrio triste de la Grotte, entre emigrantes asiáticos y mariposas de la noche, y que comiera solo en fondas de pobres,

6 Para una definición del género picaresco resultan fundamentales los trabajos de Fernando Lázaro Carreter ("*Lazarillo de Tormes*" en *la picaresca*, Barcelona: Ariel (1972), Alexander A. Parker (*Los pícaros en la literatura. La novela picaresca en España y Europa (1599-1753)*, Madrid: Gredos (1971) y Francisco Rico (*La novela picaresca española*, I, Barcelona, Planeta (1970).

cuando Ginebra estaba llena de residencias dignas para políticos en desgracia (pág. 37).

Homero se había tropezado con el presidente en una noche lluviosa "sin abrigo ni paraguas, haciendo la cola con los estudiantes para un concierto de Rubinstein" (pág. 37) y, a pesar de la extrema pulcritud y preocupación por su atuendo,

lo había visto comprando un abrigo de otoño con un cuello de visones falsos, pero no en las tiendas luminosas de la rue du Rhône, donde compraban los emires fugitivos, sino en el Mercado de las Pulgas (pág. 37).

El fulgurante esplendor que suponen para el presidente se derrumba a cada paso ante la confirmación inapelable de que vive en la penuria económica. Lo dice el propio Homero: "A lo mejor es pobre de verdad, después de tantos años sin empleo" (pág. 37). La sospecha de su condición paupérrima acaba confirmándose en todos sus términos, cuando Homero ve cómo el presidente lava y tiende su propia ropa en la humilde habitación de un hotel de cuarta categoría y, al igual que ocurre con Lázaro, la solidaridad y el afán de protección mueven hasta el último de los resortes sentimentales de la familia caribe.

De la misma manera que Lázaro sale en auxilio de su señor, Lázara Davis hace lo propio con su presidente. Ella es quien con todas las ínfulas de su condición de princesa yoruba se atreve a vender las joyas del presidente para pagar los gastos del hospital. Y no sólo hace de intermediaria en estos asuntos comerciales; también se encarga de la ropa del viejo mandatario para

que éste conserve hasta el último día su porte y dignidad. Una vez operado el presidente, Lázara hace las veces de enfermera para ahorrar hasta la última moneda y no duda en sacar dinero de su propia familia para pagar los gastos del ilustre enfermo:

A última hora el dinero no alcanzó para tanto, y Lázara quiso completarlo a escondidas de su marido con un rasguño más en los ahorros de los hijos, pero también allí encontró menos de lo que suponía. Entonces Homero le confesó que lo había cogido a escondidas de ella para completar la cuenta del hospital (pág. 54).

Es así como se completa el círculo que lleva al matrimonio Rey de la Casa a invertir lo más íntimo de sus intenciones, en un recorrido estructural que nos lleva desde la picaresca a la literatura del compromiso. García Márquez ha querido con este hermoso relato dar una puntada más en ese inmenso tapiz de relaciones humanas que constituye su universo ficticio. A diferencia del autor anónimo del *Lazarillo*, quien golpea a su protagonista en las mismas entrañas con la huida truculenta del hidalgo, el narrador colombiano ha ofrecido a sus lectores una prueba más de la solidaridad humana como único medio para que las estirpes, cualquiera que sea su condición, no estén por siempre condenadas a la soledad. Por eso, el viejo presidente no abandona a sus fieles conciudadanos y, al contrario del rancio escudero español, decide retomar la lucha política con los bríos juveniles de quien se sabe cercano a la muerte y se aferra con uñas y dientes a la vida.